



La gran depresión

Enrique Campos Suárez

✉ ecampos@eleconomista.mx

Destrucción al pie de la letra

Hasta ahora se han cumplido muchos augurios sobre la suerte económica del país bajo el yugo de la llamada Cuarta Transformación.

Era claro que la cancelación de la construcción del Aeropuerto Internacional en Texcoco habría de generar sobrecostos excesivos, problemas de ingresos en el Aeropuerto Internacional de la Ciudad de México (AICM) y mucha incertidumbre para generar nuevas inversiones.

Así ha sido, el aeropuerto Felipe Ángeles vive de subsidios gubernamentales, se financia con la tarifa de uso de aeropuerto (TUA) del AICM que no le deja recursos para su mantenimiento y la Inversión Fija Bruta no se ha recuperado desde que en octubre del 2018 se anunció este capricho aeroportuario del presidente López Obrador.

El Tren Maya va a vivir subsidiado y sin la garantía de que sea terminado. Por lo pronto, todos se preparan para el montaje de una fotografía de un tren que no va a funcionar.

De los Programas del Bienes-

tar, ya vimos la destrucción del Seguro Popular y la creación del Instituto de Salud para el Bienestar que se derrumbó en pedazos tras un enorme dispendio y sin ningún resultado.

Los recursos públicos destinados a los programas asistencialistas crecen de manera exponencial, sin control, sin padrones confiables y con la amenaza de arrasar con el presupuesto en el 2024 electoral.

Pero de todas las pifias, la más grande y la que más se anticipaba como el talón de Aquiles para la salud financiera del país es Petróleos Mexicanos.

Desde el primer día en que este régimen planteó su sueño nacionalista, de regresar a un país con monopolios energéticos y cimentados en los combustibles fósiles, se advirtió el peligro para la viabilidad de Pemex y con esa empresa de la salud de las finanzas públicas.

Las malas condiciones de Pemex no son totalmente culpa de este gobierno. La 4T lo encontró con la deuda más grande del mundo para una empresa petrolera, con un pasivo laboral incosteable y con infraestructura vieja e insuficiente.

Pero lo que sí es responsabilidad de este régimen fue no buscar su saneamiento, sino profundizar en su destrucción.

Pemex debió avocarse al negocio básico de la exploración y explotación de petróleo, de la mano de las inversiones privadas y en un mercado abierto a la competencia. Achicarse a un negocio central, con infraestructura funcional y priorizar el saneamiento de sus finanzas.

Pero no, Pemex fue el instrumento para el capricho de una refinería en Tabasco, la tierra del Presidente. Pemex dejó de invertir en su negocio central, pero también en el mantenimiento de su infraestructura.

El resultado es que los bonos de deuda de Pemex fueron rebajados por Fitch a nivel de papel basura y la razón es simple, la firma calificadora explica que la rebaja de "BB-" a "B+", y en perspectiva Negativa, refleja el impacto ambiental y social asociado con múltiples accidentes en sus instalaciones, con el resultado de víctimas, trabajadores lesionados y daños a la infraestructura y activos críticos.

El siguiente paso, ya lo veremos, será el rescate con recursos públicos de esta empresa. Esto va a comprometer las finanzas públicas del gobierno y esto eventualmente pondrá en riesgo la calificación soberana. Los augurios de destrucción financiera al pie de la letra.